

el que hasta entonces había estado en uso. Los prelados que ocupaban en esta época los primeros puestos, estaban menos circunscritos que sus antecesores al círculo de las opiniones puramente bizantinas. Especialmente Prokopowitz representaba el principio de tolerancia en materias religiosas. El mismo Czar, que observaba con muchísima menos escrupulosidad que sus antecesores los preceptos de la Iglesia greco-ortodoxa, que no guardaba ni los ayunos de cuaresma y hasta en ocasiones dispensaba esta misma obligación a sus soldados durante las campañas, era con mucha frecuencia testigo presencial de los cultos de las confesiones extranjeras. Aun hoy se ve en la iglesia reformada de San Petersburgo una silla en que se sentó Pedro y presenció el primer bautizo que se celebró en dicha iglesia. Algunos extranjeros, como Pleyer y Guarient, han hecho constar que las ceremonias religiosas habían decaído de su importancia en el año noventa, porque el Czar no mostraba inclinación alguna hacia ellas. Suponerle por esto indiferente en materia de religión sería juzgar con ligereza: Witsen tuvo ocasión de observar lo fuerte que estaba en la Biblia. Algunos contemporáneos refieren de él rasgos de verdadera piedad (1). Que él, según veremos más adelante, parodiase en tono burlesco las costumbres religiosas, pertenece a los problemas psicológicos que suelen ofrecer los hombres extraordinarios. No se le puede negar que tomó un vivísimo interés por el engrandecimiento de la Iglesia griega; esta actividad reformista estaba unida con el espíritu del progreso representado por él en todos los terrenos. En lo esencial obtuvo escaso resultado en este terreno. Bueno es sin embargo que supiese contrarrestar las aspiraciones reaccionarias de los eclesiásticos y de los sectarios. Bajo este punto de vista es notable el juicio que en resumen emite Vockerodt sobre las reformas de Pedro en el terreno religioso: «Por lo demás es una cuestión aun no resuelta si Pedro obró en *bon politique* al querer educar a su clero y sacarle de la antigua ignorancia y barbarie, ó si, aun cuando lograra algún resultado en este punto, no echó más bien sobre sí y sus sucesores la pesada carga de llevar adelante su futuro proyecto, sobre todo si estos fueren enemigos de interesarse por los asuntos religiosos. Por lo menos muchos hombres sesudos son de opinión que hubiera podido crearse serias dificultades con sus reformas, si hubiera tenido que luchar con un clero más hábil que hubiera sabido conquistarse el amor y respeto del pueblo y aprovecharse de estas ventajas.»

CAPITULO IV EDUCACION CIVILIZADORA

Cuando el czar Boris Godunoff pensó fundar universidades en Rusia y llamar al efecto profesores del extranjero, un profesor de Derecho, Tobius Lontzius, dirigió, como hemos visto atrás, una carta al Czar, en la cual manifestó el deseo de que Dios iluminara á todo el pueblo ruso y á imitación de los países cultos de la antigüedad, Egipto, Grecia, Roma, no solo elevara el país á la categoría de un imperio poderoso, sino también á la de un imperio ennoblecido por las artes y las ciencias.

Una cosa parecida dijo Leibnitz en una carta que dirigió á Pedro: consideraba en ella el desarrollo progresivo de la civilización en la historia de la humanidad, y hacia notar que parecía ser providencia de Dios, que la ciencia recorriese el círculo de la tierra, que ya llegase á la Escitia, y que el Czar fuese el instrumento elegido para propagarla. Estaba en dis-

(1) Véase el discurso en honor de Pedro pronunciado por Grot en la Academia de ciencias de San Petersburgo, 1872 (en ruso), pág. 6.

posición de tomar lo mejor de Europa por una parte, y por otra de la China y perfeccionarlo todo. En Rusia los estudios eran nuevos «y por decirlo así papeles blancos,» por lo tanto podrían evitarse varias faltas cometidas en otras partes; se sabía efectivamente que estándose construyendo un palacio enteramente nuevo, saldría mejor hecho que si hubiera estado construido muchos años antes, y ahora se tratara solo de recomponerle y mejorarle; así se expresaba Leibnitz el año 1712. Dos años después en la nueva capital y con motivo de solemnizarse el acto de botar al mar un barco, pronunció Pedro el célebre discurso, que reprodujo un contemporáneo en los términos siguientes: «¿Quién de vosotros, hermanos míos, hubiera podido soñar treinta años há, que habíais de trabajar conmigo, aquí en las orillas del mar Báltico; que nosotros, vestidos á la alemana, habíamos de establecer nuestro domicilio en países conquistados por nuestros esfuerzos y justo valor, y que provistos de soldados y marinos tan bravos y victoriosos, y de tan hábiles obreros y artistas extranjeros ó educados en el extranjero, habíamos de conquistarnos la alta estima de todos los pueblos y de todos los príncipes? Las ciencias y las artes se han propagado en Polonia desde Grecia é Italia, pasando por Alemania. También nos llegará á nosotros el turno, si vosotros queréis ayudarme en mi grave tarea y aceptar lo bueno y rechazar lo malo, no con ciega obediencia, sino con libre resolución. Yo comparo la marcha de las ciencias con la circulación de la sangre en el cuerpo humano, y tengo el presentimiento de que saldrán de su actual morada de Inglaterra, Francia y Alemania para residir entre nosotros por algunos siglos y luego volver á su verdadera patria, Grecia. Entre tanto os recuerdo el adagio: orad y trabajad; tenedlo muy presente, pues entonces podeis estar seguros de que tal vez en nuestros días confundireis á otros pueblos cultos y elevareis la gloria de Rusia á su más alto punto.»

Pedro había aprendido mucho y no cesaba de aprender: prescindió de Alejo, porque éste no tenía aspiraciones ni ganas de saber. Fué inexorablemente severo como educador de su pueblo; envió por centenares á sus súbditos al extranjero con objeto de que se instruyesen; las guerras que sostuvo las consideró como una escuela, y así lo fueron en verdad.

Pero á la vez se necesitaba fundar en Rusia establecimientos de enseñanza. La superstición y la ignorancia reinaban hasta en los más altos círculos de la sociedad rusa; lo más selecto creía aun en brujerías y en toda clase de falsos milagros: cuéntanse varias anécdotas de la manera cómo Pedro desenmascaró las imposturas de los hipócritas, los cuales aparentaban que las imágenes de los santos derramaban lágrimas, y castigó á los culpables; trató de poner coto á las riñas y groseras palabras de los dignatarios, valiéndose al efecto de enérgicas amonestaciones y hasta de fuertes castigos. Aprovechó todas las ocasiones para poner de relieve las ventajas de las costumbres morigeradas y de la riqueza en los conocimientos.

Hemos mencionado ya cómo procedió á la fundación de escuelas inmediatamente después que regresó de su primer viaje. Sostuvo animada correspondencia epistolar con Winio, Kurbatoff y otros sobre el progreso de estas empresas. Lleno de júbilo escribió á Winio poco después de la batalla de Narwa, anunciando que se habían reunido en las escuelas 250 niños, «de los cuales saldrían hábiles ingenieros, artilleros y maestros.» Kurbatoff escribió asimismo haciendo mención de doscientos alumnos que aprendían las matemáticas y la náutica, bajo la dirección de unos ingleses; el ruso Magnizky y Kurbatoff estaban encargados de la inspección. El último cuidaba de que se pusiesen á disposición

de las escuelas aparatos de física, óptica é instrumentos para medir. Magnizky escribió en ruso un libro para la enseñanza de la aritmética, del cual decía Kurbatoff que aventajaba á los extranjeros.

Pero no había escuelas régias. El preboste Glück, hecho prisionero en Mariemburgo, y el cual se había dedicado mucho al estudio de las lenguas, fundó en Moscou con aquiescencia de Pedro una escuela, en la cual se enseñaban, entre otras materias, la filosofía cartesiana, las lenguas modernas, el hebreo, siríaco y caldeo, el catecismo luterano, ortografía, historia, astronomía, gramática, retórica, lógica, política, equitación, esgrima y baile. La escuela no duró largo tiempo: Glück murió pronto y su sucesor Pause parece que no consiguió grandes resultados; pero merecen citarse como alumnos de este establecimiento, además de algunos extranjeros como Kellermann y Blumentrost, algunos rusos, verbi gracia los hermanos Wesselowsky (1).

En el año 1706 se principió la construcción de un hospital, que debía ser á la vez escuela de medicina, y en el año 1712 escribió el doctor Bidloo al Czar, diciéndole que enseñaba allí la cirugía á unos cincuenta rusos.

En el año 1714 ordenó Pedro que se enviasen profesores de matemáticas á todos los gobiernos, y añadió que la tal enseñanza fuese obligatoria para todos; y que al que no se instruyese no se le permitiera casarse. Bajo la inspección de algunos dignatarios rusos se fundaron, tanto en Moscou como en San Petersburgo, varias escuelas privadas, como una de ingenieros y una academia naval. Algunos alemanes como Wurm, franceses como St. Hilaire, suecos como Wreech, é italianos como Gagini, se hicieron dignos de elogio por sus trabajos en las escuelas. Junto á la iglesia alemana de la nueva capital se creó la aun floreciente escuela de Pedro. Asimismo se fundó una escuela de dibujo «para la propagación de las artes, según el modelo de los Estados europeos.» El influjo pedagógico de la Europa occidental se extendió hasta Tobolsk, en donde algunos prisioneros suecos erigieron una escuela (2). Al fundarse una escuela real en Ssolikamsk el año 1722, dispuso el Czar que los maestros percibiesen sus honorarios según el número de alumnos que hubiese (3).

El resultado fué mezquino respecto de la educación propiamente dicha del pueblo; el Czar se encontraba aislado en sus aspiraciones: el pueblo no era tan aficionado á aprender como Pedro deseaba. No pensó en escuelas populares á la moderna: se trataba más bien de la adquisición de ciertos conocimientos útiles en la práctica, cuya propagación fomentaba el Czar, porque necesitaba oficiales y técnicos instruidos (4).

Pero el Czar no limitó su actividad á las escuelas. Durante su primer viaje preparó ya la fundación de imprentas rusas. Tessing y Kopiewsky imprimieron varias obras, entre otras un Diccionario alemán-latino, las fábulas de Esopo (en latín y en ruso), un manual de Retórica, una traducción de Quinto Curcio, calendarios, libros didácticos de náutica, y de guerra, etc. En un principio se imprimían estas obras en el extranjero y después en Rusia. Poco tiempo antes de la batalla de Poltawa mandó Pedro coleccionar y publicar actas para la historia de Rusia, y escribió á Mussin-Puschkin diciéndole que era preciso imprimir también una traducción de la guerra de Troya. Al mismo tiempo se publicaron libros

(1) Véase Pekarsky, historia de la Academia de ciencias (en ruso). San Petersburgo 1870, I, pág. XVIII y sig.

(2) Véase Pekarsky, Las ciencias y la literatura en el reinado de Pedro I, 133 y siguientes.

(3) Véase la antigua y nueva Rusia, 1876, III, 101.

(4) Véase un artículo de A. Michailoff «La época de las reformas en la cultura del pueblo,» en la revista «Djelo.» Agosto y setiembre, 1875.

de urbanidad y obras que trataban de sistemas de fortificación, y se tradujeron los escritos de Vauban, los trabajos históricos de Pufendorf y toda clase de libros sobre la mecánica, arte de construir molinos, arquitectura, etc. Pedro mostró especial interés por la compilación de un alfabeto diferente de la escritura religiosa; y tomó una parte muy principal en esta innovación (5).

También encontró Pedro entre sus súbditos hábiles colaboradores para el arte tipográfico, por ejemplo, Polikarpoff, que puso en el estado más floreciente la imprenta que había en San Petersburgo, con la cual realizó considerables ganancias, trabajando después en diversos ramos de la literatura, lo mismo que Awramoff, el cual escribió varios proyectos de reformas, etc.

Se crearon bibliotecas públicas á lo cual contribuyó poderosamente la inmediata conquista de las provincias del Báltico, y el Czar mandó trasladar una colección de libros desde Curlandia á San Petersburgo; tomó gran interés por la biblioteca de Riga; mandó trasladar gran cantidad de libros de Königsberg, y por fin echó los fundamentos de la biblioteca que actualmente pertenece á la Academia de ciencias de San Petersburgo.

Durante sus viajes por la Europa occidental había visto Pedro tantas colecciones científicas y artísticas que el bibliotecario Schumacher, que había sido enviado al extranjero con el fin de comprar varias colecciones para Rusia, pudo escribir al Czar diciéndole que apenas había en los países visitados por él un establecimiento de esta clase que no conociese Pedro por sí mismo. El Czar hizo varias compras: una colección de minerales en Dantzig, otra zoológica en Amsterdam, el museo anatómico de Ruysch. Desde entonces caminaron juntos el placer de la exhibición y el sentido científico; los preparados zoológicos y anatómicos se enseñaban á la vez que las «rarezas» y «curiosidades.» Así se creó en San Petersburgo el «Museo artístico,» en el cual se veían los objetos más heterogéneos, y cuyas colecciones procuró aumentar Pedro valiéndose al efecto de anuncios públicos, en los cuales prometía recompensa á todo el que hallara y presentara algún objeto raro, una inscripción, restos de armas antiguas, muebles, etc. Pedro coleccionó durante su campaña de Persia varios objetos y los remitió al Museo artístico, sosteniendo correspondencia sobre algunas particularidades de estas colecciones con los empleados puestos á su cuidado. Han llegado hasta nosotros varias anécdotas sobre la afición del Czar á ir al Museo artístico; procuraba excitar al público á que le visitase con la mayor frecuencia posible, ordenando que se diesen refrescos á todo el que llegaba.

Iguales propósitos puso de manifiesto cuando mandó que entrasen sin pagar derechos de aduanas todos los instrumentos científicos, cuando dispuso que se buscasen manuscritos antiguos en todos los monasterios, ó cuando en su viaje á Persia visitó detalladamente en Bolgary (sobre el Wolga y el Kama) las ruinas de la antigua capital del Estado búlgaro, y ordenó que se respetasen estas preciosas antigüedades, que se preservasen de ulterior destrucción y se copiasen y tradujesen las inscripciones que allí se encontraron.

La fundación de la Academia de ciencias correspondió al Senado en lo tocante al orden jurídico político, y al Sínodo en el eclesiástico administrativo. Ya en el año 1701, como hemos visto atrás, cuenta Pleyer que se hablaba de la próxima fundación de una Academia de todas las facultades: en el año 1697 indicó Leibnitz la necesidad de la creación de tal instituto; y en el año 1698 Francisco Lee recomendó al

(5) El difunto director de la Biblioteca pública de San Petersburgo, baron M. Korff, ordenó una colección de los libros impresos en la época de Pedro el Grande.

Czar la «Royal Society de Londres» como modelo digno de imitación.

Del año 1706 data el proyecto sobre el establecimiento de institutos científicos, cuyo desconocido autor,—quizá fué el griego Sseraphim,—dió especial importancia á las facultades teológicas. También Ivan Pososchkoff ideó la fundación de una Academia en que predominara el elemento religioso y propuso que se llamase á extranjeros para que ocupasen algunas de las cátedras (1). Leibnitz escribió varias memorias sobre él modo de llevar á cabo «la introducción de las ciencias en Rusia.» Algunas semanas después de la batalla de Poltawa se ofreció en carta dirigida á Urbich á tomar á su cargo la dirección de una Academia de ciencias y artes que se había de crear en Rusia. En el año 1711 conoció Pedro personalmente al gran filósofo en Torgau; y poco tiempo después escribió éste una memoria detallada sobre la fundación de un colegio de hombres científicos, al cual se había de confiar la dirección de todos los establecimientos científicos y pedagógicos del imperio. Esta memoria, redactada entre los años 1712 y 1716, cuya traducción rusa se ha hallado entre los papeles del gabinete de Pedro, quizá fué la que en unión de la redactada por Enrique Fick decidió al Czar á realizar un proyecto de esta clase. Todos convenían en que la institución que se iba á crear reuniría al fomento de la ciencia la inspección de la enseñanza en todo el imperio y sería á la vez academia y universidad. No se cansaba Leibnitz de recomendar el establecimiento de un gran número de estaciones eléctricas de observación, de proponer grandiosas empresas científico-filológicas y de trabajar porque el Czar adquiriese grandes colecciones de libros; pero el gran filósofo murió en el año 1716.

En una carta de Cristian Wolff fechada el año 1721 se menciona el proyecto de Pedro de fundar una academia-universidad. La instrucción redactada para enviarla á Schumacher durante el viaje por Europa de que ya hemos hecho mérito, contenía, entre otras cosas, la orden de que se trabajase para fundar una «Sociedad de ciencias» como las que existían en París, Londres, Berlín y otros puntos; pero la fundación quedó aplazada para más adelante.

El año 1724 sancionó Pedro el proyecto de Blumentrost y Schumacher sobre el establecimiento de dicha institución científica, y poco después principió la correspondencia epistolar con algunos célebres sabios á quienes se invitó á trasladarse á San Petersburgo; sin embargo hasta algunos meses después de la muerte de Pedro no se realizó esta creación suya.

La institución no gozó de popularidad alguna. Vockerodt dice expresamente, que la mayor parte de los senadores consideraban la Academia como una obra inútil y pernicioso, y creían que el país no sacaría de ella ningún provecho. Vockerodt, que escribía en 1737, afirmó que los conceptos científicos de Pedro no eran claros, que las consultas con los sabios extranjeros los hicieron «aun más confusos,» que la Academia se había creado en tales condiciones que «Rusia no podía prometerse de ella el menor provecho en toda la eternidad,» que sus empresas no se acomodaban á la aplicación práctica, etc. La historia de la Academia muestra lo infundado de las opiniones de los contemporáneos preocupados contra Pedro.

La nueva ciudad del Nawa llegó á ser la expresión de todas las reformas que el Czar realizó. Trató de encaminar

(1) Un manuscrito en la biblioteca de la Academia de ciencias de San Petersburgo.

hacia este punto el comercio; allí se creó un gran mercado; allí había posadas donde los rusos trataban libremente con los extranjeros y el mismo Pedro conversaba gustosamente con los marinos y comerciantes extranjeros, bebiendo con ellos algún vaso de vino; allí se fundó en 1711 la primera imprenta á la cual siguieron en vida del Czar otros establecimientos de esta clase; allí se levantaron soberbios edificios, por ejemplo, el palacio de Menschikoff, en el que se celebraron las bodas de la sobrina de Pedro con el duque de Curlandia. Una parte de la ciudad debía llegar á ser otra Amsterdam, y ser cruzada por un gran número de canales (Vasili-Ostroff), plan que solo se llevó á efecto parcialmente y que se abandonó por ineptitud. En la nueva capital se establecieron la biblioteca y la sala de artes. A fines del reinado de Pedro se levantó el edificio de los doce colegios y se comenzó la construcción de la Bolsa. El puerto, el almirantazgo, la inmediata iglesia de San Isaac construida de maderas en la cual se hallaba el campanario comprado en Amsterdam por valor de 25,000 rublos, la academia de náutica terminada en 1716, el jardín de verano, ante cuyas ventanas plantó el Czar con sus propias manos algunas encinas, toda clase de aparatos hidráulicos, el palacio de invierno construido en 1711, el cual, destinado á la hija de Pedro, Isabel, fué transformado por Rastrelli en el suntuoso edificio que se cuenta entre los más imponentes palacios modernos, la erección de iglesias protestantes, el establecimiento de una casa de fundición, la creación de la Perspectiva-Newsky, la fundación de los palacios de Peterhoff y Oranienbaum, la instalación de un considerable número de fábricas, manufacturas, etc. (2), todo esto probaba que Pedro miraba la nueva ciudad como símbolo de su actividad reformista. No sin razón la llamaba «su paraíso,» donde buscaba con especial placer la comodidad y el recreo durante los breves ocios que le dejaba la guerra, y daba varias disposiciones que favorecían la terminación de las obras de San Petersburgo, á costa de otras ciudades. En San Petersburgo se creó la Academia, en San Petersburgo tenía que instalarse el Senado y en San Petersburgo se tuvo la corte; allí se celebraron espléndidas fiestas y allí vivían los embajadores extranjeros. Puschkin designó con el nombre de Czarina viuda á Moscou comparándola con la nueva residencia de la corte reinante. El pueblo decía que la nueva ciudad tenía el calzado de oro, mientras que la antigua andaba con madreñas.

La fundación y terminación de las obras de la nueva capital fué la coronación del edificio político, levantado por Pedro. La vuelta á Moscou solo fué posible por corto tiempo: volver á la antigua capital para residir en ella de una manera permanente y abandonar á San Petersburgo, como Alejo tenía proyectado, hubiera significado la negación de las conquistas de Pedro. No sin razón hubo muchos magnates, á quienes Pedro obligó á trasladar su residencia á San Petersburgo, que obedecieron sus órdenes bien á pesar suyo. Uno de los más distinguidos colaboradores del Czar, Scheremetyeff, cayó en desgracia de Pedro por haber titubeado en trasladar su residencia á orillas del Nawa (3).

San Petersburgo llegó á ser también un establecimiento de educación, donde los rusos aprendían costumbres más

(2) Véase, entre otros, á Reimer, San Petersburgo al fin de su primer siglo. San Petersburgo 1805, 2 tomos, particularmente I, 1-165; las notas de Weber, Bergholz y otros; además una disertación recientemente impresa en los periódicos de San Petersburgo, cuyo autor Dalton la titula: Un día en San Petersburgo en la época de Pedro el Grande (abril 1877), algunos datos en Stählin, Anécdotas, etc.

(3) Véase la exposición detallada de los inconvenientes económicos de la traslación de residencia para los nobles en Perry, pág. 419-421 sobre Scheremetyeff, véase Ssolowieff, XV, 286.

cultas y el modo de vivir de los europeos occidentales. El Czar se dedicó á este asunto con la energía que le era innata y con su habitual falta de miramientos. Se organizó el ejército según modelos extranjeros y se mandó traducir libros didácticos y otros manuales del extranjero sobre el arte de la guerra; se imprimieron compendios y libros para las escuelas, arreglados á modelos extranjeros y también el catecismo luterano. Quería el Czar acostumbrar á su corte y á sus funcionarios, y en lo posible á las demás clases sociales, á las prácticas y finas maneras de los extranjeros; se trataba de un pulimento exterior y de una cierta cultura. Se escribieron manuales de urbanidad, perteneciendo á esta clase el «Espejo de la juventud,» compilación de varios libros que se publicó en el año 1717 y que alcanzó varias ediciones; en ella se enseñaba lo que los jóvenes de las clases elevadas debían aprender conforme á su categoría. Era un catecismo del «savoir faire» y «savoir vivre,» en el que se daban buenos consejos sobre modales sociales, y para evitar las toscas maneras y groserías costumbres: se reducía á sistema el modo de presentarse y conducirse en los salones; en fin este «Espejo de la juventud,» era una producción tan extranjera, como los vinos franceses ó los encajes de Bruselas, de que entonces había necesidad en la corte de Rusia.

Respecto de las señoras se disponía una revolución trascendental. Hemos mencionado ya la orden de Pedro, para que las mujeres tomaran parte en los festejos de las bodas y en otros regocijos sociales, cuya disposición fué fruto inmediato de su primer viaje al extranjero. Poco tiempo después del regreso de Pedro de su segunda excursión magna por la Europa occidental en el año 1718 se promulgó el «ukase sobre las reuniones,» en el cual se prescribía lo que debía hacerse en días fijos, las reuniones que en ellos debían celebrarse y en las cuales todos tenían que presentarse vestidos á la moda extranjera. El aspecto exterior de estas sociedades causaba la impresión de una reunión de verdaderos marqueses. Los que pertenecían á las altas clases sociales podían presentarse sin ser invitados y había de reinar la más completa libertad en los movimientos. El anfitrión no estaba obligado á recibir con etiqueta á los invitados, ni aun siquiera había que atender de una manera especial al Czar ni á ningún miembro de la familia imperial. Todos podían llevar consigo á sus mujeres é hijas. Había una pieza destinada á biblioteca, que servía de cuarto de fumar. Los bailes debían servir especialmente para relacionarse mutuamente los caballeros y las damas y para acostumbrarse á alternar unos con otros. Sin embargo, observa un contemporáneo, que la conversación no era animada, y que caballeros y señoras procuraban separarse tan pronto como se suspendía el baile. El mismo Pedro bailaba con entusiasmo y hacía todo lo posible para dar animación á estas reuniones. De aquí vino la moda del «baile del abuelo.» Pedro procuraba que bailasen también los viejos. Tanto Pedro como su esposa Catalina se distinguían por su habilidad en el baile; asimismo las hijas de ambos, las princesas Ana é Isabel, se entregaban con placer á esta distracción. Por todos los medios posibles se daba cierta variedad á estas reuniones. Algunos de los invitados jugaban al ajedrez ó á las damas. En virtud de una orden de Pedro, el anfitrión de la casa debía regalar un ramillete de flores á la dama de su distinción. El Czar veía con particular satisfacción que las rusas bailasen con los extranjeros, ó las extranjeras con los rusos.

Aun cuando tal sociedad se quedaba muy atrás del modelo de los salones de París, que tanto habían excitado la admiración de Matweyeff; aun cuando, como ya hemos dicho en su lugar, se llegase en estas veladas á muchas groserías, pues que el Czar se permitía ciertas bromas, y algunos

huéspedes, entre ellos también varias damas, se distinguían por sus excesos en la bebida, todo esto constituía un visible progreso debido á las prácticas de salón dictadas de arriba abajo. Era el principio de las costumbres finas y elegantes que reinaron en la corte de Catalina II, un rompimiento total con la tradición. En frente del principio nacional se puso uno nuevo y cosmopolita, en el cual se aprendía algo malo, pero también mucho bueno. Al lado de varias groserías que se deslizaban al imitar las costumbres parisienses, era de la mayor importancia que los rusos se acomodasen á la moda y costumbres exteriores del Occidente y se hallasen en un terreno común con las naciones civilizadas. La situación de las señoras, por lo menos en los más altos círculos de la sociedad rusa, cambió por completo.

Quizá favoreció las buenas relaciones de Pedro con Catalina el que esta supiera penetrar las intenciones del Czar con tan buen acierto como talento. Ella supo dar tono á la corte, conservarse en el término medio de la afabilidad y rodearse de un lujo correspondiente á su posición y dió cierto encanto á las fiestas preparadas por Pedro. Hasta en la solemnidad de botar al agua buques recién construidos se presentaban las damas de la corte, la Czarina, la hermana y las hijas del Czar. En los últimos años del reinado había en la corte un teatro, en el cual se presentaban á actuar algunas veces las sobrinas del Czar en unión de los actores de profesión. Catalina tenía constantemente á su disposición una orquesta completa; algunos extranjeros, como Bassewitz, Bergholz, el duque de Liria, Weber y otros, describen la elegancia de la corte rusa, como correspondiente en un todo á los usos reinantes de la Europa occidental.

Para el porvenir fué de grandísima importancia que se realizase un cambio esencial en la educación de las jóvenes de la alta clase social. De algunas damas de aquella época sabemos que recibían una educación muy esmerada. Pedro hizo instruir á sus hijas por medio de buenos profesores, y aprendieron el alemán y el francés, é igualmente sus sobrinas. En las casas de los nobles se veían ya á la sazón institutrices francesas; por ejemplo, en casa de Trubezkoï, Tscherkassky y otros. Bergholz pinta á la princesita Tscherkassky «tan graciosa y amable como si hubiese recibido la mejor educación en Francia;» añade que no era la única niña educada con tanto esmero; que era preciso repetir en honor de los padres rusos, que estos nada perdonaban por educar con el mayor esmero á sus hijos; y en esto encuentra dicho escritor la explicación del cambio en tan breve tiempo operado en las costumbres exteriores rusas: sobre todo en las damas no quedaban ni huellas de su antigua conducta, por demás inconveniente. La nieta de Pedro, hija del desgraciado Alejo, se distinguía por su formalidad, aplicación y deseo de aprender, como sabemos por las relaciones del embajador de España, duque de Liria: nada menos que el célebre Ostermann dirigía su educación. Así se educó en condiciones enteramente nuevas la joven generación de las más elevadas clases de la sociedad rusa. Las señoras especialmente mostraban gran disposición para esta clase de reformas, si bien, por otra parte, se refiere de algunas damas, que se mantenían tan firmemente apegadas á las antiguas costumbres, que llevaban los antiguos trajes debajo de los nuevos vestidos.

Ciertamente hay que convenir en que el refinamiento de las costumbres no llevaba consigo á todas partes una superior moralidad. Es sabido que en la corte de Rusia del siglo XVIII no se procedió siempre de una manera irreprochable. También un publicista del tiempo de Catalina II, el príncipe Scherbatoff, ha querido atribuir á la época de las reformas de Pedro la frivolidad á la sazón dominante, el extraor-

dinario lujo y el favoritismo. Tales fenómenos no serán capaces de desorientar fácilmente á los hombres imparciales acerca de los resultados de las reformas de Pedro. Todo cambio brusco suele llevar consigo tales extravagancias: toda emancipacion encierra en su seno pasajeros peligros que trae la libertad conquistada, sin que por esto haya que dudar de las ventajas de la última en lo esencial. La culta sociedad de la Europa occidental, que se tomó por modelo en Rusia, tenía en sí algo de peligroso; pero el mundo de los salones fué de todos modos una escuela mejor que la lúgubre y húmeda atmósfera de los conventos en que habían vivido las damas anteriores á Pedro. Los cálidos y esplendentes rayos de la civilizacion occidental debían llegar por vez primera al cuerpo político y social de Rusia. Aun cuando en un principio permaneciese frio y oscuro el interior, se ganó muchísimo

con tal vivificacion de la parte externa: el trato con el Occidente no era ya excepcion ó casualidad como en las épocas anteriores. Las personas que dirigian la sociedad estuvieron en lo sucesivo bajo la influencia de las naciones mas adelantadas, como Inglaterra, Francia y Alemania, y estas personas directoras eran en parte las damas. Que bajo el reinado de Isabel prevaleciese la lengua francesa, que Catalina II, que era un genio, se instruyese en la clásica literatura de Francia y de Inglaterra, que los progresos de las ciencias políticas y sociales y de la vida intelectual del Occidente se propagasen por el vasto imperio, sobre todo durante el reinado de esta emperatriz, y que Alejandro I se educase en la escuela de Catalina II y con las ideas de Laharpe, todo esto, aun para nuestro siglo, fué resultado de las reformas iniciadas en la época de Pedro el Grande.

LIBRO SEXTO

CONCLUSION

CAPITULO PRIMERO

COLABORADORES

Uno de los mas entusiastas admiradores y correligionarios de Pedro, el campesino Possoschkoff, escribió á fines del reinado del Czar, en una memoria que trataba muchas cuestiones de reformas, «sobre la pobreza y la riqueza,» lo siguiente: «Nuestro monarca camina montaña arriba con unos diez hombres; pero millones caminan montaña abajo: ¿cómo saldrá adelante con su empresa?»

Muchos relatos de extranjeros referentes á la resistencia que los súbditos de Pedro opusieron á sus reformas nos demuestran que esta declaracion correspondia á la verdad: en su nacion no tuvo Pedro ningun colaborador: tan solo unos pocos fueron capaces de comprender en general el alcance de sus ideas; y en menor número eran los que deseaban que tales ideas tuviesen éxito. De lejos la inmensa mayoría estaba silenciosa y murmuraba por lo bajo. La «rivalidad» contra los extranjeros, el odio y la aversion contra la Europa del Occidente eran generales.

Las reformas que siguieron á la paz de Nystadt y que en cierto modo pusieron el sello á las innovaciones anteriores, podían únicamente consolidarse y experimentar un desarrollo ulterior, supuesta la vida del Czar, ó en caso de morir pronto, si lograba educar hasta dejarle en edad adulta á un ejército de colaboradores que pudiesen y quisiesen continuar en su sentido la obra reformista comenzada por Pedro. Verdad es que se habia hecho demasiado para que Rusia pudiera tan fácilmente convertirse de nuevo en un Estado asiático; pero á pesar de esto una reaccion no estaba fuera de lo posible. El inmediato porvenir de Rusia, que habia de seguir al reinado de Pedro, pendía de la solucion que se diese al problema de si habia una escuela de hombres de Estado, que en oposicion á los millones que «caminaban montaña abajo,» no rehuyesen el trabajo de trepar montaña arriba como lo hacia Pedro.

Esta escuela existía, y el problema estuvo resuelto cuando extranjeros como Gordon y Lefort, Winio, Ostermann y Münnich apoyaron la actividad de Pedro. Los dos últimos, Ostermann, ministro de negocios extranjeros durante muchos años, y Münnich, célebre general, trabajaron por espacio de quince años despues de la muerte de Pedro en el sostenimiento y consolidacion de la obra reformista llevada á cabo por aquel soberano. Rusia tiene que agradecer mucho á estos hombres, aunque como alemanes tenían cierto espíritu de partido. El odio á los extranjeros que imperaba en Rusia podia poner coto á su actividad sin perjuicio de la posibilidad de que hubiese unas vísperas sicilianas. La actividad de Münnich y de Ostermann tuvo al fin un desenlace violento.

Llegó el caso de que se encontraran en los círculos nacionales hombres que reunían á la vez penetracion, talento y

fuerza de voluntad para trabajar en lo sucesivo en la direccion dada por Pedro.

No faltaban en Rusia hombres de talento: Kurbatoff sostuvo polémicas con Pedro sobre las mas importantes cuestiones de reformas, sobre la abolicion del patriarcado, sobre la creacion de escuelas, reformas de los vestidos y sobre cuestiones de política exterior, de hacienda y de milicia; y su increíble actividad fué de gran provecho. Ukrainzeff fué de los que mas trabajaron en política exterior, prestando importantes servicios al Czar en la Pequeña Rusia, en Polonia y en Constantinopla; Makaroff demostró ser un buen canciller; Kurakin, Matweyeff, Tolstoi, Nepluyeff y Wolynsky se dieron á conocer como hábiles y entendidos diplomáticos. En asuntos industriales sobresalieron por lo inteligentes, laboriosos y aplicados los Stroganoff, los Demidoff, los Gontscharoff, los Ssolowieff y otros: hombres del pueblo como Ciriloff, Sserdyukoff, Possoschkoff y otros pusieron de relieve su habilidad y disposiciones dignas de admiracion y una extraordinaria adhesion á los principios del progreso político y social; todos estos pertenecían al pequeño grupo de los que caminaban con Pedro «montaña arriba,» pero á muy pocos de ellos les fué dado desplegar su actividad fuera del reinado de Pedro. Unos fueron víctimas de la intolerancia de sus compañeros, otros debieron su ruina á su propia avaricia y á su aficion á las intrigas. La carrera política ofrecía los mayores peligros; era una excepcion el que lanza en mano se alcanzase sosegada vejez en oficinas y cargos públicos. Las relaciones de estos hombres estaban sujetas á bruscos cambios de fortuna. En la rapidez con que se sucedían unas á otras, vemos á las mismas personas tan pronto en la opulencia como en la mayor pobreza; hoy en la intimidad del trono y mañana en el camino de los nevados campos de Siberia. A una fecunda actividad seguía la enervadora quietud del desierto. Ricos caudales de conocimientos adquiridos en los negocios y en una larga experiencia política yacían en la postracion, merced á aquellas catástrofes, segun resulta del fin desgraciado de Münnich, Ostermann, Tolstoi, Wolynsky, Menschikoff, etc.

Tan solo á unos pocos representantes de la escuela de Pedro les fué dado conservar por largo tiempo sus destinos: á este número pertenecieron Nepluyeff y Tatitschtscheff. Ya conocemos los primeros pasos de Nepluyeff: á continuacion de su viaje de estudios fué enviado á Constantinopla como diplomático. En su autobiografía ha reproducido algunas frases que le dirigió el Czar acerca de la idea del deber y sobre los servicios del Estado. En el relato de la muerte de Pedro cuenta Nepluyeff que trascurrió un día entero sin saber lo que le pasaba. «Este monarca, continúa, ha elevado nuestra patria al nivel de los demás Estados, y nos ha hecho comprender que tambien nosotros somos hombres; por do quiera que se dirija la mirada todo lo ha creado, y para todo lo que deba hacerse en lo porvenir es preciso acudir